

ALEJANDRO ZAMBRA

(Chile, 1975)

Es un poeta y narrador, Licenciado en Literatura Hispánica por la Universidad de Chile. Es Doctor en Literatura por la Universidad Católica y enseña literatura en la Universidad Diego Portales en Santiago de Chile.

Empezó su carrera literaria como poeta. Su primer poemario, *Bahía inútil*, apareció en 1998, y su primera novela, *Bonsái*, fue publicada por Anagrama en 2006. Escribe poesía (*Mudanza*, 2003; *Facsimil*, 2014), novelas (*La vida privada de los árboles*, 2007; *Formas de volver a casa*, 2011), cuento (*Mis documentos*, 2013; *Fantasía*, 2016) y ensayo (*No leer*, 2010) y es autor de un guion cinematográfico (*Vida de familia*, 2016, para la película homónima de Alicia Scherson).

En 2007 fue seleccionado por el Hay Festival de Bogotá como uno de los 39 jóvenes escritores latinoamericanos más importantes. Además, la revista británica *Granta* le eligió en 2010 entre los 22 mejores escritores de lengua española menores de 35 años.

En los últimos 10 años obtuvo una decena de reconocimientos: Premio de la Crítica de Chile y Premio del Consejo Nacional del Libro y la Lectura en 2007 (por *Bonsái*), Premio Altazor en 2012 (por *Formas de volver a casa*), Premio Príncipe Claus 2013, Premio Municipal de Literatura de Santiago en 2014 (por *Mis documentos*).

RECUERDOS DE UN COMPUTADOR PERSONAL

Para Ximena y Héctor

Fue comprado el 15 de marzo del año 2000, en cuatrocientos ochenta mil pesos, pagaderos en 36 cuotas mensuales. Max intentó acomodar las tres cajas en el maletero de un taxi, pero no había espacio suficiente, por lo que hubo que usar pitillas y hasta un pulpo para asegurarlas, aunque era un trayecto breve, sólo diez cuadras hasta Plaza Italia. Una vez en el departamento, Max instaló la pesada CPU bajo la mesa del comedor, tendió los cables de forma más o menos armónica y jugó como un niño con las bolsas y plumavits del embalaje. Antes de iniciar solemnemente el sistema, se dio tiempo para mirarlo todo con detención, fascinado: el teclado le pareció impecable, el monitor perfecto, y hasta pensó que el mouse y los parlantes eran, de algún modo, agradables.

Era el primer computador de su vida, a los veintitrés años, y no sabía con certeza para qué lo quería, si apenas lograba encenderlo y abrir el procesador de texto. Pero era necesario tener un computador, todo el mundo opinaba eso, también su madre, que le prometió ayudarlo a pagar las cuotas. Trabajaba como ayudante en la universidad, quizás podría digitar ahí los controles de lectura, o transcribir esos apuntes ya viejos, escritos a mano o tipeados con tanto esfuerzo en una antigua máquina Olympia, con la que también había escrito todos sus trabajos de la licenciatura, provocando la risa o la admiración

de sus compañeros, porque ya casi todos se habían pasado a los computadores.

Lo primero que hizo fue transcribir los poemas que había escrito en los últimos años, textos cortos, elípticos, incidentales, que nadie consideraba buenos, pero tampoco eran malos. Algo pasaba, sin embargo, al ver en la pantalla esas palabras, que tanto sentido tenían en sus cuadernos: dudaba de las estrofas, se dejaba llevar por otro ritmo, quizás más visual que musical, pero en vez de sentir el traspaso como un experimento, se retraía, se frustraba, y era frecuente que los borrara y comenzara de nuevo, o que perdiera el tiempo cambiando las tipografías o moviendo el puntero del mouse desde un extremo a otro de la pantalla, en líneas rectas, en diagonales, en círculos. No abandonaba sus cuadernos y su pluma, con la que al primer descuido regó de tinta el teclado, que además debió soportar la presencia amenazante de innumerables tazas de café, y una persistente lluvia de cenizas, porque Max casi nunca alcanzaba el cenicero, y fumaba mucho mientras escribía, o más bien escribía poco mientras fumaba mucho, pues su velocidad como fumador era notablemente mayor que su velocidad como escritor. Años más tarde la acumulación de mugre provocaría la pérdida del vocal *a* y de la consonante *t*, pero lo mejor será, por ahora, respetar la secuencia de los hechos.

Gracias al computador, o por su culpa, sobrevino una soledad nueva. Ya no veía las noticias, ya no perdía el tiempo tocando la guitarra o dibujando: al volver de la universidad de inmediato prendía el computador y se ponía a trabajar o explorar las posibilidades de la máquina. Pronto descubrió programas muy sencillos que permitían resultados para él asombrosos, como la grabación de voces, mediante un escuálido micrófono que compró en la casa Royal, o la reproducción aleatoria de canciones –miraba con orgullo la carpeta *Mi música*, donde ahora esperaban los veinticuatro discos compactos que tenía en casa. Mientras escuchaba las canciones,

admirado de que una balada de Roberto Carlos diera paso a los Sex Pistols, seguía con sus poemas, que nunca consideraba terminados. A veces, a falta de una estufa, Max evadía el frío acariciando, de rodillas, la CPU, cuyo leve rugido se juntaba con la ronquera del refrigerador, y con las voces y bocinas que llegaban desde afuera. No le interesaba Internet, desconfiaba de Internet, y aunque en casa de su madre un amigo le había creado una cuenta de correo, él se negaba a conectar al computador y también a insertar esos diskettes tan peligrosos, eventuales portadores de virus que, según decían, podían arruinarlo todo.

Las pocas mujeres que durante esos meses visitaron el departamento se iban antes del amanecer, sin siquiera ducharse o tomar desayuno, y no regresaban. Pero al comienzo del verano hubo una que sí se quedó a dormir y luego también a desayunar: Claudia. Una mañana, al salir de la ducha, Claudia se detuvo frente a la pantalla apagada, como buscando arrugas incipientes u otras marcas o manchas esquivas. Su cara era morena, los labios más delgados que gruesos, el cuello largo, los ojos achinados, verde oscuro, el pelo le llegaba hasta los hombros mojados: las puntas parecían numerosos alfileres clavados en los huesos. Su cuerpo cabía dos o tres veces en la toalla que ella misma había llevado a casa de Max. Semanas más tarde Claudia llevó también un espejo para el baño, pero igual siguió mirándose en la pantalla, a pesar de lo difícil que era encontrar, en la opacidad del reflejo, algo más que los contornos de su cara.

Después de tirar, Max solía quedarse dormido, mientras que Claudia iba al computador y jugaba veloces solitarios o cautelosos buscaminas o partidas de ajedrez en nivel intermedio. A veces él despertaba y se quedaba a su lado, aconsejando la jugada siguiente o simplemente acariciándole el pelo y la espalda. Con la mano derecha Claudia atenazaba el mouse, como si fueran a quitárselo, como si fuera la cartera que alguien quisiera arrebatarse, pero aunque apretaba los dientes y abría los

ojos exageradamente, cada tanto dejaba caer una risita nerviosa que autorizaba, que pedía más caricias. Tal vez jugaba mejor cuando él la acompañaba. Al terminar la partida se sentaba encima de Max para empezar un polvo lento y largo. El protector de pantalla caía en líneas inconstantes en los hombros, en la espalda, en las nalgas, en los suaves muslos de Claudia.

Tomaban el café en la cama, pero a veces hacían sitio en la mesa para –decía ella– desayunar como Dios manda. Max desenchufaba el teclado y el monitor y los dejaba en el suelo, expuestos a los pisotones y al impacto de minúsculos restos de pan, pero cada tanto Claudia limpiaba el computador con líquido para vidrios y paños de cocina. El comportamiento de la máquina era, a todo esto, ejemplar: durante todo ese tiempo Windows siempre se inició correctamente.

El 30 de diciembre de 2001, a casi dos años de su adquisición, el computador fue trasladado a un departamento un poco más grande en la comuna de Ñuñoa. El entorno era ahora bastante más favorable: le asignaron un cuarto propio y armaron, con una puerta vieja y dos caballetes, un escritorio. De los solitarios y las interminables partidas de ajedrez, Claudia derivó a actividades más sofisticadas –conectó una cámara digital, por ejemplo, que contenía decenas de fotos de un viaje reciente, que si bien no podía considerarse propiamente una luna de miel, porque Max y Claudia no estaban casados, había cumplido esa función. En esas imágenes ella posaba con el mar de fondo, o en el interior de una habitación de madera con sombreros mexicanos, crucifijos inmensos y conchas que hacían las veces de ceniceros. Claudia salía seria o conteniendo apenas la risa, desnuda o con poca ropa, fumando hierba, bebiendo, tapándose los pechos o enseñándolos con malicia («tu cara irresistible de caliente»), escribió él una tarde de sexo y endecasílabos). Había también algunas fotos que mostraban únicamente el roquerío o el oleaje o el sol apagándose en el horizonte, como postales o imitaciones de postales. Sólo en dos

fotos aparecía Max y sólo en una salían ambos, abrazados, sonriendo con el típico fondo de un restaurante costero. Claudia pasó días ordenando esas imágenes –renombraba los archivos con frases tal vez demasiado largas, que solían terminar en signos de exclamación o puntos suspensivos, y enseguida las distribuía en varias carpetas, como si correspondieran a viajes distintos, pero luego volvía a ponerlas todas juntas, pensando en que dentro de algunos años habría muchas otras carpetas, cincuenta, cien carpetas para las fotos de cien viajes futuros, pues deseaba una vida llena de viajes y fotografía. También pasaba horas intentando superar el nivel cinco de un juego de La Pantera Rosa que venía de regalo con el detergente. Cuando se desesperaba, Max trataba de ayudarla, aunque siempre había sido pésimo con los videojuegos. Al verlos tan concentrados y tensos ante la pantalla, se tenía la impresión de que resolvían arduos problemas urgentes, de los que dependía el futuro de la patria o del mundo.

No siempre coincidían, porque ahora Max tenía un trabajo nocturno –había perdido el concurso de ayudantía, o más bien lo había ganado la nueva polola del catedrático («tú sabes cómo son estas cosas»)-, y Claudia vendía seguros y también estudiaba una especie de postítulo o posgrado o diplomado o quizás el último año de alguna eterna licenciatura. A veces pasaban uno o dos días sin verse –Claudia lo llamaba al trabajo y hablaban largo, pues el trabajo de Max consistía, justamente, en hablar por teléfono, o en esperar remotas llamadas telefónicas que nunca llegaban. Parece que tu verdadero trabajo es hablar por teléfono conmigo, le dijo Claudia una noche, con el auricular resbalando en el hombro derecho. Luego rió con una especie de resuello, como si quisiera toser y la tos no saliera o se entrelazara con la risa.

Al igual que Max, ella prefería escribir a mano y luego traspasar sus trabajos al computador. Eran documentos largos,

con frecuentes errores de transcripción y tipografías juveniles. Los documentos abarcaban temas relacionados con gestión cultural o políticas públicas o bosques nativos o algo así. Se le hizo necesario investigar por Internet, y ése fue el gran cambio de aquel tiempo, que provocó la primera gran discusión de la pareja, porque Max seguía negándose a dar ese paso, definitivamente no quería saber nada de páginas web ni de antivirus, pero tuvo que ceder. Después hubo una segunda discusión furibunda, una noche en que Max llamó insistentemente durante horas pero la línea estaba ocupada. Compraron un celular, pero era carísimo sostener esas conversaciones, por lo que tuvieron que conseguir una segunda línea telefónica de conexión exclusiva.

Hasta ahí ninguno de los dos se había familiarizado con el email, al que más temprano que tarde se hicieron adictos, pero la mayor adicción que Max contrajo, que sería perdurable, fue a la pornografía, lo que provocó la tercera gran discusión de la pareja, pero también varios experimentos, como las para Claudia desconcertantes eyaculaciones en la cara o esa obsesión tenaz por el sexo anal, que al principio causó discusiones áridas pero a la postre provechosas sobre los posibles límites del placer.

Fue por entonces cuando perdieron la vocal *a* y la consonante *t*. Claudia debía entregar un trabajo con urgencia, de manera que trató de prescindir de esas letras, y Max, que alguna vez había intentado poemas de vanguardia, quiso ayudarla, pero no resultó. Al día siguiente consiguieron un teclado bastante bueno, de color negro, con unos coquetos botones multimedia rosados que entre otras funciones permitían reproducir o detener la música instantáneamente, sin necesidad de recurrir al mouse.

Desde hacía meses, sin embargo, había señales de un desastre mayor, decenas de demoras inexplicables, algunas breves y reversibles, otras tan prolongadas que había que resignarse a reiniciar el sistema. Ocurrió un lluvioso sábado

que deberían haber pasado tranquilos, viendo tele y comiendo sopaipillas, en el peor de los casos moviendo las palanganas y las ollas de gotera en gotera, pero tuvieron que dedicar el día entero a reparar o intentar reparar, con más voluntad que método, el computador.

El domingo Max llamó a un amigo que estudiaba ingeniería. Al finalizar la tarde dos botellas de pisco y cinco latas de Coca-Cola dominaban el escritorio, pero todavía nadie estaba borracho, más bien parecían frustrados por la difícil reparación, que el amigo de Max atribuía a algo muy raro, algo nunca antes visto. Pero quizá sí estaban borrachos, o al menos lo estaba el amigo de Max, porque de pronto, en una desgraciada maniobra, borró el disco. Perdieron todo, pero desde ahora funcionará mejor, dijo el amigo como si nada, con una frialdad y una valentía dignas de un médico que acaba de amputar una pierna. Fue culpa tuya, imbécil, le respondió Claudia, como si en efecto le hubieran cortado, por pura negligencia, una pierna o tal vez las dos. Max guardó silencio y la abrazó protectoramente. El amigo dio un último y exagerado sorbo a su pisco, alcanzó a agarrar unos cubitos de queso gauda, y se fue.

A Claudia le costó asimilar la pérdida, pero consiguió un técnico de verdad, que cambió el sistema operativo y creó perfiles diferenciados para ambos usuarios, e incluso una cuenta simbólica, a petición de Claudia, para Sebastián, el postergado hijo de Max. Es verdad, debió ser antes, tuvieron que pasar como dos mil palabras para que saliera al baile, pero es que Max olvidaba con frecuencia la existencia del niño: en dos últimos años lo había visto apenas una vez y sólo dos días. Claudia ni siquiera lo conocía, porque Sebastián vivía en Temuco. A ella le costaba entender la situación, que se había convertido, naturalmente, en el punto negro o el punto ciego de su relación con Max. Era mejor no tocar el tema, que igual surgía de vez en cuando, en discusiones feroces que terminaban con los dos llorando, y de los dos quien lloraba más era él –lloraba con una rabia, con resentimiento, con vergüenza, y luego su rostro

se endurecía, como si las lágrimas se hubieran sedimentado en su piel; es una metáfora común pero en efecto, después del llanto, su piel lucía más densa y oscura.

No todo era así de terrible. Cuando, con el dinero que le dieron sus padres, Claudia compró una asombrosa multifuncional –que imprimía, escaneaba y hasta sacaba fotocopias– ella se abocó, apasionadamente, a digitalizar extensos álbumes familiares, en sesiones bastante tediosas pero para ella divertidísimas, pues más que registrar el pasado se proponía modificarlo: distorsionaba los rostros de parientes antipáticos, borraba a algunos personajes secundarios e incluía a otros inverosímiles convidados, como Jim Jarmusch en su fiesta de cumpleaños, o Leonard Cohen junto a Claudia haciendo la primera comunión, o un viaje a San Pedro de Atacama con sus amigos Sinead O’Connor, Carlos Cabezas y el diputado Fulvio Rossi –los montajes no eran muy buenos, pero arrancaban las risas de amigas y primas.

Así pasó un año entero.

Ahora Max tenía turnos de mañana, por lo que en teoría estaban más tiempo juntos, pero buena parte de ese tiempo lo perdían disputándose el computador. Él reclamaba que ya no podía escribir cuando le venía la inspiración, lo que era falso, porque para sus perpetuos borradores de poemas seguía usando los viejos cuadernos, pues seguía sintiendo que al transcribirlos se estropeaban, se perdían. Había adoptado la costumbre, en cambio, de escribir eternos emails a gente a la que no veía desde hacía años y ahora extrañaba o creía extrañar. Algunas de esas personas vivían cerca o no demasiado lejos y Max también tenía sus números de teléfono, pero prefería escribirles cartas –eran cartas más que emails, aún no comprendía la diferencia: escribía textos melancólicos, tremendistas, memoriosos, esa clase de mensaje cuya repuesta se posterga indefinidamente, aunque a veces recibía respuestas igual de elaborados, contaminados también por una nostalgia frívola y quejumbrosa.

Llegó el verano y también llegó Sebastián, tras meses de delicadas gestiones. Fueron ambos a buscarlo a Temuco, en bus, nueve horas de ida, casi diez de vuelta. El niño acababa de cumplir ocho años, la leve y prematura sombra de un bigote le daba un aspecto cómico de adulto. Los primeros días Sebastián hablaba poco, en especial si quien le dirigía la palabra era su padre. De los intensos paseos al zoológico, a Fantasilandia y a la piscina, derivaron a las calurosas tardes puertas adentro, y quizás lo pasaban mejor encerrados que con los panoramas supuestamente divertidos. Seba aprovechaba su perfil de usuario para estar en Messenger sin restricciones, en interminables chats con sus amigos temucanos. Rápidamente demostró sus conocimientos sobre computadores, que no eran sorprendentes, era un niño que, como tantos, se había familiarizado desde muy chico con los computadores, pero a Claudia y Max los impresionaba tanta destreza. Con precisión y algo de tedio los orientó en la elección de un nuevo antivirus y hasta les advirtió sobre la necesidad de desfragmentar el disco periódicamente. En cuanto al juego de la Pantera Rosa, ni falta que hacía decirlo: lo dio vuelta con una rapidez alucinante, muchas veces, y quizás esas dos o tres tardes enteras que Sebastián pasó enseñándole a Claudia y a su padre los trucos y la lógica de ese juego para él tan básico, tan aburrido, fueron los momentos más gloriosos y plenos de esas vacaciones. Nunca había estado, eso es seguro, tan cerca de su padre, y con Claudia se hicieron, por así decirlo, amigos. A ella le parecía un niño valioso, decía. Y Sebastián opinaba que Claudia era linda.

Fueron todos juntos de vuelta a Temuco. El viaje fue alegre, con promesas de reencuentro y regalos. Pero el trayecto de vuelta se hizo sombrío y agotador, el exacto prelude de lo que venía. Porque casi enseguida, quizás en el mismo momento en que abrieron la puerta del departamento, la vida entró en el marasmo que a su manera ambos intuían. Quizás molesto por las conclusiones y consejos que Claudia deslizaba («lo recuperaste pero ahora debes conservarlo», «volverás a perder-

lo si no cuidas el vínculo», «la mamá del Seba es una buena mujer») o tal vez simplemente aburrido de ella, Max se ensimismó, se abrumó. No disimulaba su molestia, pero tampoco explicaba su estado de ánimo, y las continuas preguntas de Claudia las ignoraba o respondía con desgano o con monosílabos.

Una noche llegó borracho y se durmió sin siquiera saludarla. Ella no sabía qué hacer. Fue a la cama, lo abrazó, intentó dormir a su lado, pero no pudo. Prendió el computador, deambuló por Internet y estuvo unas dos horas jugando Pac Man con las flechas del teclado. Después pidió un taxi y fue a la botillería a comprar vino blanco y cigarros mentolados. Bebió la mitad de la botella en la mesita del living, mirando las grietas del piso flotante, las paredes blancas, las ínfimas pero numerosas huellas de los dedos en los interruptores –mis dedos, pensó, más los dedos de Max, más los dedos de todas las personas que alguna vez encendieron las luces de este departamento. Después volvió al computador, eligió el perfil de Max, y como había hecho tantas veces probó las claves obvias, en mayúsculas, en minúsculas –*charlesbaudelaire, nicanorparra, anthrax, losprisioneros, starwars, sigridalegria, blancalewin, mataderocinco, laetitiacasta, juancarlosonetti, monicabellucci, laconjuradelosnecios*. Fumó con ansiedad un cigarro, cinco cigarros, mientras sintonizaba una angustia nueva, que crecía y decrecía a un ritmo impreciso. Pensó demasiado una jugada también obvia, que por modestia o falta de autoestima nunca había intentado, y al fin acertó: escribió *claudiatoro* y el sistema respondió al instante. El programa de correo estaba abierto, no necesitaba contraseña. Se detuvo, se sirvió más vino, estuvo a punto de desistir, pero ya estaba ahí, ante la temida bandeja de entrada y ante el aún más temido registro de mensajes enviados. No había vuelta atrás.

Leyó sin orden mensajes en el fondo inocentes, pero que le dolían –tantas veces la palabra *querida*, tantos abrazos («un abrazo inmenso», «dos abrazos», y otras formulas más origi-

nales, como «tu abrazo», «mi abrazo», «te abrazo», «te abraza»), tanta apelación al pasado, y esa vaguedad sospechosa cuando debía hablar del presente, del futuro. También comparecían los coqueteos fugaces o feroces que hay en las cuentas de correo de todo el mundo, de ella misma, pero también cinco cadenas de mensajes que más explícitamente hablaban de encuentros con mujeres para ella desconocidas. Pero lo que más le dolía era su propia invisibilidad, porque él nunca la mencionaba, o en los mensajes que ella leyó nunca la mencionaba, salvo en uno, dirigido a un amigo, en que confesaba que la relación estaba mal, y literalmente decía que ya no le interesaba tirar con ella, que terminarían en cualquier momento.

Cerró el correo, se fue a dormir de madrugada, más ebria de rabia que de vino. Despertó a media tarde, estaba sola: con poca energía caminó hasta el computador –hasta la pieza de al lado, pero ella sintió que había todo un camino, que debía sortear varios obstáculos para llegar a esa pieza– y en lugar de encenderlo contempló el resplandor del sol en la pantalla. Cerró las persianas, deseando la oscuridad absoluta mientras soltaba lágrimas que bajaban hasta el cuello y se perdían por el surco entre sus pechos. Se quitó la polera, miró sus pezones inquietos, el vientre parejo y suave, las rodillas, los dedos fijos en el suelo helado. Después limpió o más bien ensució la pantalla con las manos mojadas por las lágrimas. Pasó los dedos y los nudillos con rabia por la superficie, como si la fregara con un paño. Luego encendió el computador, escribió una nota breve en un archivo de Word, y empezó a hacer la maleta.

Volvió el domingo siguiente para recoger algunos libros y la multifuncional. Max estaba en calzoncillos, frente al computador, escribiendo un mail larguísimo donde le hablaba a Claudia sobre mil cosas y le pedía perdón, pero de una forma elíptica, con frases que más bien dejaban ver su desconcierto o

su mediocridad. Había sobre el escritorio un montón de borradores de la carta, siete u ocho hojas tamaño oficio, y mientras él decía que era injusto, que no había alcanzado a terminar su carta, que estaba llena de errores, que a él le costaba decir las cosas con claridad, Claudia leía las diversas versiones de ese mensaje no enviado, y reparaba en cómo una frase rotunda en el borrador siguiente era ambigua, cómo cambiaban los adjetivos, cómo Max había cortado y pegado algunas frases, buscando efectos que a Claudia le parecían sórdidos, cómo se había divertido variando el interlineado, el tamaño de la letra, el espacio entre los caracteres, quizás creyendo que Claudia iba a perdonarlo si el mensaje se veía más largo –pensaba en eso cuando él la zamarreó, la tomó de las muñecas, sabiendo cuánto ella odiaba que la tomaran de las muñecas: en el forcejeo le pegó en los pechos y ella respondió con cuatro cachetadas, pero él reaccionó, la dobló, se lo metió a la fuerza por el culo, con una violencia que nunca había demostrado. Claudia arrancó el teclado e intentó defenderse sin éxito. Después, dos minutos después, Max eyaculó un semen escaso, y ella pudo volverse y mirarlo fijamente, como insinuando una tregua, pero en vez de abrazarlo le pegó un rodillazo en los cocos. Mientras Max se retorció de dolor ella desconectó la multifuncional y pidió el taxi que le llevaría lejos de esa casa para siempre.

Max sintió un alivio inmenso pero efímero. El alivio de ella tardó, pero fue definitivo, pues cuando tres meses después se juntaron en las escaleras de la Biblioteca Nacional, y él le rogó, sin el menor sentido de decoro, completamente entregado, que volvieran, no hubo caso.

Regresó a casa triste y furioso, encendió, por costumbre, el computador, que desde hacía unos días había vuelto a fallar, y esta vez era definitivo, al menos eso fue lo que Max pensó –voy a regalarlo, no me importa lo que haya dentro, le dijo a su amigo ingeniero, al día siguiente, que le ofreció comprarlo por

una cifra ridícula. Ni cagando, respondió Max. Voy a dárselo a mi hijo. El amigo reformateó de malas ganas el disco duro.

El viernes por la noche, Max partió rumbo a Temuco. No tuvo tiempo para embalar el computador, así que se echó el mouse y el micrófono en los bolsillos, puso la CPU y el teclado bajo el asiento, y viajó las nueve horas con la pesada pantalla sobre las piernas. Las luces de la carretera se quedaban en su rostro, como llamándolo, como invitándolo, como culpándolo de algo, de todo.

Max no se orientaba en Temuco y no había anotado la dirección. Merodearon un rato hasta dar con un camino que creía recordar. Llegó a las diez de la mañana, en calidad de zombi. Al verlo Sebastián le preguntó por Claudia, como si la sorpresa no fuera la insólita presencia de su padre sino la ausencia de la novia de su padre. No pudo venir, respondió Max, ensayando un abrazo que no sabía cómo dar. ¿Terminaron? No, no terminamos. No pudo venir, eso es todo: la gente grande trabaja.

El niño agradeció el regalo con suma cortesía, su madre recibió a Max amablemente y le dijo que podía quedarse en el sofá. Pero no quería quedarse. Probó un poco del amargo mate que la mujer le ofrecía, devoró una empanada de queso y partió al terminal para alcanzar el bus de las doce y treinta. Estoy muy ocupado, tengo un montón de trabajo, dijo antes de subir al mismo taxi que lo había traído. Revolvió el pelo de Sebastián con brusquedad y le dio un beso en la frente.

Una vez solo, Sebastián instaló el computador y comprobó lo que ya sospechaba: que era notablemente inferior, desde todo punto de vista, al que ya tenía. Se rieron mucho con el marido de su madre, después del almuerzo. Luego ambos hicieron espacio en el sótano para guardar el computador, que sigue ahí desde entonces, a la espera, como se dice, de tiempos mejores.